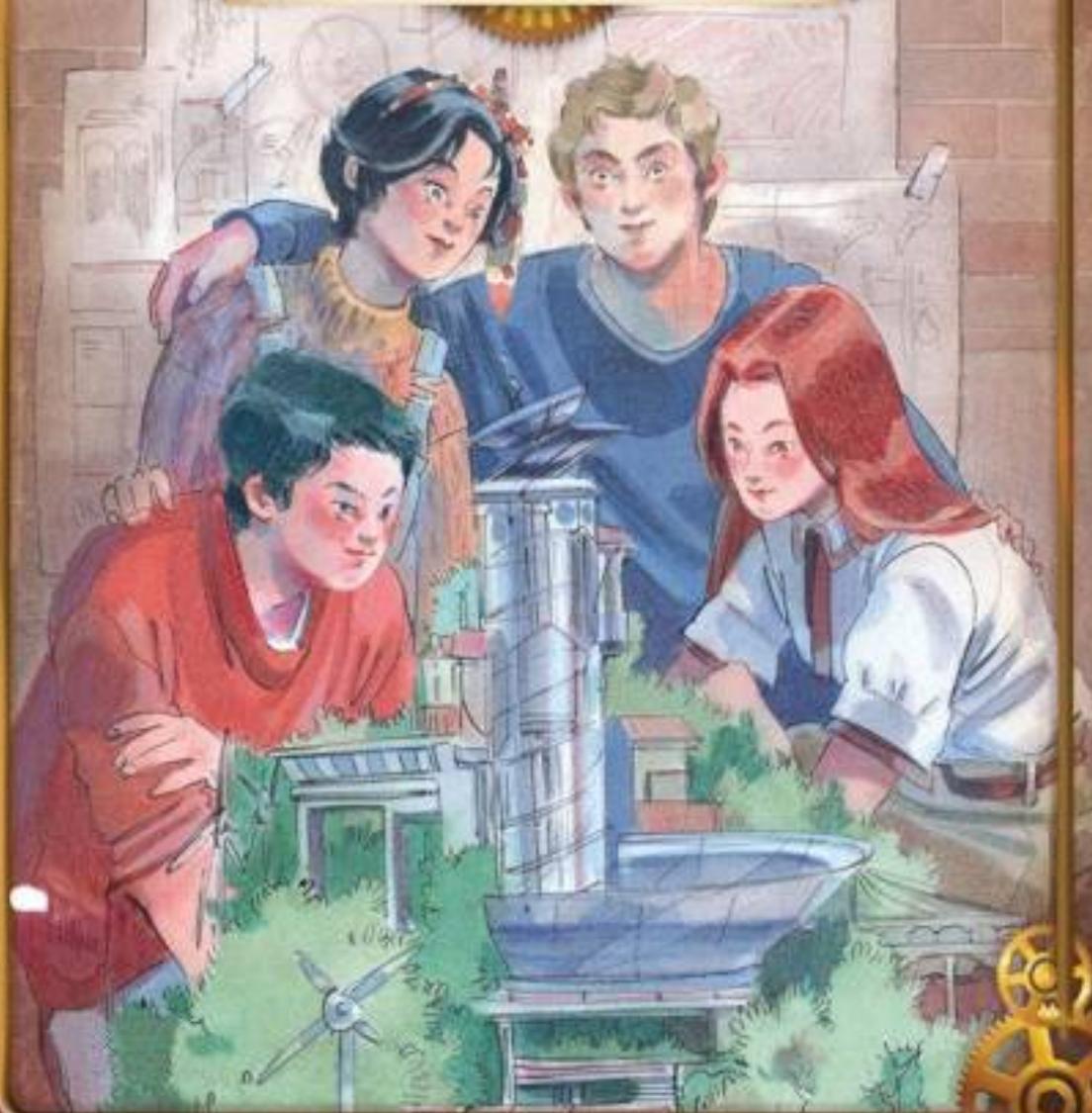


CAPITÁN NEMO

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EN BUSCA DE LA CIUDAD DEL FUTURO



Jules y sus amigos están muy emocionados por participar en un concurso para diseñar la Ciudad del Futuro, en la que los jóvenes quieren plasmar todos sus deseos y ambiciones. Sin embargo, los enemigos del progreso intentarán por todos los medios que no entreguen el proyecto. Por si fuera poco, los aventureros del siglo XXI están convencidos de que el padre de Caroline es uno de los miembros de la Orden Contra el Progreso. Una extraña muerte, una carta falsificada y un hospital psiquiátrico siniestro complicarán aún más las cosas... ¿Conseguirán averiguar la verdad y salir airosos?

Los aventureros del siglo XXI

Jules Verne

Es un niño de doce años, muy inteligente y extraordinariamente imaginativo. ¡Su curiosidad no tiene límites! Se pasa el día ideando artilugios para el futuro, como un vehículo para ir por el fondo del mar o una máquina que detecta la presencia de fantasmas. ¡Sabe que algún día alguien hará realidad sus ideas!

Huan



De origen asiático, tiene doce años, es compañero de escuela de Jules y su amigo del alma. Tiene un gran sentido del humor ¡y siempre está metiendo la pata! Le encanta hacer gamberradas, en especial a sus profesores. Aunque intente mostrar lo contrario, es el más miedoso del grupo.

Caroline



Prima de Jules. Tiene trece años y es una niña encantadora. Proviene de una familia adinerada. Es inteligente y muy rápida a la hora de tomar decisiones. Estar con Jules y sus amigos es su válvula de escape para contrarrestar su rígida vida familiar.

Marie



Tiene once años, es de familia humilde y siempre se preocupa por los más necesitados. No oculta que le hubiera gustado ser un chico porque «pueden hacer lo que quieren». Es ágil, soñadora y muy imaginativa. Está convencida de que si los adultos también lo fueran, ¡el mundo funcionaría mejor!

PRÓLOGO DEL CAPITÁN NEMO



Ya había anochecido, y la plácida tarde había dado paso a una noche oscura y fría. El viento movía los árboles y producía un sonido inquietante, una especie de susurro premonitorio, como si algo malo fuera a suceder. Jules Verne caminaba por una calle solitaria y lúgubre en dirección a su casa tratando de hacer caso omiso a su instinto, que le

aconsejaba echar a correr hasta encontrarse protegido en su cálido hogar. Solo era una noche sombría, nada más.

Algunas de las casas de aquel barrio estaban abandonadas y parecía que se fueran a derrumbar en cualquier momento. Dos metros por delante de él, una rata cruzó la calle como una exhalación, y el chico ahogó un grito. Luego, un cuervo se posó en una farola y graznó como si le estuviera lanzando una advertencia. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Jules Verne, que sentía que aquello era un mal presagio. Siguió andando sin detenerse; quería llegar a su casa cuanto antes.

¿Se lo estaba imaginando? En medio del silencio de la noche, oyó unos pasos que no eran los suyos. Alguien lo estaba siguiendo, y no era la primera vez que tenía esa sensación en los últimos días. No pudo evitarlo: se detuvo tan solo un instante y miró hacia atrás.

Nadie. La calle seguía vacía. Seguramente se lo había figurado... Por si acaso, apretó el paso. Tres días atrás, una familia de pescadores había sido encontrada en su casa; la madre, el padre, el abuelo y los dos niños, todos ellos muertos, brutalmente asesinados. Según el periódico *Le Matin*, cuyo director, Jacques Blanc, era amigo de Verne, detrás de ese brutal homicidio se escondía la Orden Contra el Progreso. Como señalaron diversas fuentes que habían preferido mantenerse en el anonimato por temor a las posibles represalias, el padre de familia había descubierto un escondite que usaba la secta criminal en una cueva de una playa cercana a Nantes. El lugar era prácticamente inaccesible; solo se podía llegar a él cuando la marea estaba baja. La Orden Contra el Progreso lo usaba para ocultar corbidio, un peligroso mineral con el que fabricaban toda clase de bombas, que hacían explotar en actos violentos en contra del progreso y en nombre de la tradición más conservadora y retrógrada.

El propio Jules, junto a sus tres mejores amigos, se las había tenido con esa organización criminal en múltiples

ocasiones; hasta ahora, habían salido con vida de sus garras y habían llegado a impedir diversos atentados y asesinatos. Sin embargo, nunca habían logrado dismantelar la secta, puesto que los miembros de la Orden Contra el Progreso siempre parecían ir un paso más allá que ellos y lograban escapar a tiempo, llevándose consigo todas las pruebas que los inculpaban de sus delitos.

Por suerte, desde que un par de meses atrás, Jules y su amigo Huan habían ayudado a Jacques Blanc a escapar de la jaula donde la Orden lo tenía confinado, el director del periódico *Le Matin* hacía todo lo posible por desenmascarar a los miembros de la secta, e intentaba buscar pruebas que los inculparan. Sin embargo, hasta ahora nada había sido suficiente, y la Orden Contra el Progreso había vuelto a actuar una vez más. Por temor a que la familia de pescadores revelara la ubicación del escondite de corbidio a la gendarmería, la organización criminal se había deshecho de todos ellos sin piedad.

Tal vez era por la propia sugestión de pensar en aquel terrible asesinato, o por la calle oscura y silenciosa por la que estaba caminando, pero en aquel momento volvió a oír el ruido de unos pasos detrás de él.

El sonido era cada vez más nítido, así que no podía venir de su imaginación. Comenzó a correr, incapaz de pensar con claridad. Solo quería llegar hasta su casa para sentirse a salvo, pero ¿realmente quedaba algún lugar donde estar seguro en la ciudad de Nantes? La Orden Contra el Progreso parecía haber tejido una especie de tela de araña por toda la población, y sus hilos llegaban a todas partes.

Corría y corría, consciente de que un paso en falso podía significar su propia muerte. En vano buscó con la mirada algún refugio, alguien que pudiera ayudarlo: la calle seguía desierta. Solo estaban su perseguidor y él, no había nadie más.

Resbaló con una hoja seca caída de un árbol y se dio de bruces contra el suelo. Los pasos del matón resonaban en

sus oídos, cada vez estaban más cerca de él. Aterrorizado, trató de ponerse en pie de nuevo, pero parecía que las piernas no querían responderle. Se arrastró medio metro por el suelo.

El hombre ni siquiera se tomó la molestia de correr hacia él; caminaba los escasos cuatro metros que lo separaban de su víctima relajadamente, como si no hubiera nacido para otra cosa que para acuchillar a jóvenes inocentes. Su figura era corpulenta; Jules no tendría ninguna oportunidad de salir vivo si intentaba luchar contra él.

Ya lo tenía casi encima; la alargada sombra del sicario se proyectaba sobre el cuerpo de Jules, que alzó los brazos en un intento inútil de protegerse. Cuando lo tuvo encima pudo descubrir al fin su rostro. Y lo que vio le hizo soltar una exclamación de sorpresa.

Su perseguidor le tendió la mano y lo ayudó a levantarse. Jules suspiró profundamente aliviado. No se trataba de ningún miembro de la Orden Contra el Progreso, sino del nuevo ayudante del capitán Nemo. Se llamaba Damien y sustituía a Yamir, que estaba pasando unas semanas en el Lejano Oriente para ver a su familia.

—Me has asustado —confesó Jules Verne.

—No era mi intención —se excusó el otro—, pero he recibido órdenes del capitán Nemo para buscarte.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó el muchacho con preocupación, sin lograr quitarse de la cabeza a la familia de pescadores asesinada hacía tres noches en su propia casa.

—Solo sé que te ha convocado, junto al resto de Los aventureros del siglo XXI, para que os reunáis con él en el *Nautilus* mañana por la tarde a la hora de la merienda.

Así comenzaba Caroline el cuaderno que depositó en mis manos al finalizar la aventura más importante que vivimos juntos. La muchacha, como de costumbre, había ido escribiendo todos los acontecimientos que se fueron desencadenando a lo largo de un trepidante mes: de este mo-

do se aseguraba de que las hazañas de su pequeña pandilla, compuesta por Jules, Huan, Marie y ella misma, nunca fueran olvidadas.

Así comenzaba Caroline el cuaderno que depositó en mis manos al finalizar la aventura más importante que vivimos juntos. La muchacha, como de costumbre, había ido escribiendo todos los acontecimientos que se fueron desencadenando a lo largo de un trepidante mes: de este modo se aseguraba de que las hazañas de su pequeña pandilla, compuesta por Jules, Huan, Marie y ella misma, nunca fueran olvidadas.

Disfruté en especial con la lectura de las páginas que Caroline había escrito en esta ocasión, puesto que, sin duda, esta historia marca un antes y un después en el Club de Los aventureros del siglo XXI. Lo cierto es que cuando aquella tarde los invité a merendar al *Nautilus* para desvelarles una noticia magnífica, no era en absoluto consciente de todo lo que conllevaría aquella nueva misión que se nos presentaba.

Fueron unas semanas muy duras para todos nosotros y sufrimos constantemente, pero todo esfuerzo tiene su recompensa... aunque por el camino estuvimos a punto de tirar la toalla varias veces. Sin embargo, lo mejor de todo es que nos mantuvimos juntos, mis cuatro jóvenes amigos y yo, y que además recibimos ayuda externa que nos fue de mucha utilidad y sin la cual, con toda probabilidad, hubiéramos fracasado en nuestra misión estrepitosamente.

Como decía, esta aventura marca un antes y un después no solo en nosotros mismos, sino también en la historia de nuestra ciudad, Nantes. Pero no quiero adelantar acontecimientos... Solo añadiré que haber vivido todo esto junto al ingenioso y brillante Jules Verne, la dulce y sensata Caroline, el honesto y leal Huan y la soñadora y guerrera Marie hace que toda la angustia y el dolor sufridos valgan la pe-

na. Sin ellos, habría sido imposible llegar hasta aquí. Sin ellos, hoy el mundo sería un lugar muy distinto.

Por todo lo dicho, solo me queda darles las gracias a los cuatro de todo corazón.

CAPITÁN NEMO

Capítulo 1

UNA HISTORIA ATERRADORA. EL SECRETO DEL PADRE DE CAROLINE



Marie pasaba buena parte de su tiempo libre en el Asilo de la Caridad, cuidando de los ancianos pobres de Nantes, y a sus amigos les gustaba acompañarla a menudo para echar-

le una mano. Sus visitas solían entretener mucho a aquellos ancianos: sus únicas distracciones consistían en los inventos que Jules les traía para tratar de que sus vidas fueran un poco más amenas.

En aquella ocasión, Jules había decidido probar primero el invento que iba a regalarles. Les había asegurado a los demás que lo hacía por puro interés científico, para asegurarse de que el funcionamiento del aparato era correcto, pero sus amigos se habían dado cuenta de lo mucho que estaba disfrutando de la experiencia, y sospechaban que en realidad estaba probando el artilugio solamente para divertirse.

Y es que mientras Caroline, Huan y Marie caminaban a paso ligero hacia el asilo, Jules se desplazaba junto a ellos montado en un vehículo de lo más pintoresco. El chico estaba de pie, en una plataforma de madera bajo la cual se encontraban dos robustas ruedas que giraban a toda velocidad, logrando que el vehículo avanzara siempre hacia delante. Con las manos, el joven inventor hacía girar unos pedales, cuya cadena descendía a lo largo de un soporte de madera hasta llegar a las ruedas. Los pedales servían también de manillar; para ir hacia la derecha o hacia la izquierda bastaba con girarlos a un lado u otro y el aparato viraba de dirección.

—Nunca había visto nada igual —se maravilló Marie. Le recordaba a una especie de bicicleta, solo que el impulso para desplazarse se tenía que hacer con las manos y no con las piernas, y el vehículo parecía mucho más estable.

—Pues claro que no has visto nunca nada igual, ¡lo he inventado yo! —exclamó Jules Verne sintiéndose de lo más orgulloso—. Casi todos los ancianos tienen problemas de movilidad y no pueden andar bien: ¡con este artilugio conseguirán ir de un lado a otro a toda velocidad! Si se agarran a los pedales, difícilmente perderán el equilibrio y prácticamente no tendrán que hacer fuerza para girarlos y lograr que el aparato se mueva a su antojo.

—Tendrás que dejárnoslo probar —le pidió Huan, muerto de envidia.

—Luego, cuando lleguemos al asilo —prometió Jules vagamente. Se lo estaba pasando tan bien montado en su invento, deslizándose sin hacer ningún esfuerzo, que en aquel momento no le apetecía compartirlo con nadie.

Prosiguieron el camino hacia el Asilo de la Caridad, y Jules Verne aprovechó para informar a sus amigos de que el capitán Nemo los había convocado para merendar en su barco aquella misma tarde. Decidió guardarse para sí mismo el miedo que había pasado la noche anterior, cuando creyó que Damien era un sicario de la Orden Contra el Progreso que iba a matarlo. A la luz del día, se avergonzaba de haberse comportado como un niño asustadizo. Sus pensamientos lo abstraieron de la conversación y se apartó un poco del grupo mientras movía el vehículo de dos ruedas sin una dirección aparente.